

atacar un régimen tiránico han cumplido únicamente con el deber de todo hombre libre, amante de su América. Y de todos los pregoneros a sueldo: prensa asalariada, ensayistas pedestres, poetas hampones, no ha salido una sola voz desinteresada en la defensa del pueblo más grande del continente, por ser la cuna de Bolívar.

La labor de estos periódicos de intercambio continental hará que todos los hombres libres, amordazados por la prensa oficial de sus países, encuentren campo propicio a sus desahogos internos, a su hambre de reparación, a sus sueños de belleza, a sus ansias de fraternidad. Y en los momentos actuales, cuando una nación de gobernantes inescrupulosos empieza a apoderarse paulatinamente de nuestra querida tierra indígena, abriéndonos canalitos para construir sus fortalezas y poder bombardearnos en la hora necesaria desde Panamá hasta Punta Arenas, la de Chile, este estrechamiento latino no es ya una conveniencia sino que se impone como una necesidad vital. Nada tenemos que hacer con los norteamericanos. Debemos sí, mandar florida juventud a aprender aquí cosas prácticas, a buscar grandeza material, pero que mantenga libre su espíritu idealista y noble, libre de las ambiciones monetarias, del desprecio por las bellas artes, de la indiferencia por toda actividad desinteresada. Muchos tendrán por paradoja mi afirmación de que la América del Sur es infinitamente superior a la del Norte cuando las apariencias dicen claramente lo contrario. Un señor Pinochet trataba de demostrar en el *Norte Americano*, periódico escrito en argot, que los yanquis eran superiores a nosotros en fuerza emocional y en caballerosidad con la mujer. Basta ir a cualquier teatro de mi tierra para ver cómo el peón y el niño del arroyo se emocionan ante toda tragedia y mascan su dolor, haciendo esfuerzos inauditos para contener el llanto, que siempre las lágrimas fueron tenidas por nosotros como signo de debilidad. Mientras aquí, en esta culta ciudad de New York, lo más refinado de la aristocracia se reía a carcajadas del dolor de Canio en «I Pagliacci», equivocando el significado de la risa trágica, y un público de escritores protestaba en contra de la sensibilidad de Nora en «Casa de Muñecas». Con respecto a esta diferente actitud hacia las mujeres, tendría muchas cosas que decir en desmedro de las señoras yanquis, puesto que aquí debe hablarse del poco respeto de las mujeres por el hombre. Pero es infantil esto de querer fundar diferencias en meras superficialidades, cuando en la hora de íntima expansión, en el trato social y en la hora del peligro, los hombres de todos los pue-

blos adoptan igual actitud con las mujeres de todo el mundo. Vuelvo a repetir, nada tenemos que hacer con los yanquis, hombres que se diferencian de nosotros por su raza, religión, ideales, idioma, cultura y sentimientos.

El ideal de unión política que sustentó el libertador Bolívar, ya no tiene razón de ser en nuestra América. Cada pueblo del continente ha llegado a formarse una individualidad bien definida. Tenemos nuestros intereses creados que cada día nos aislan más en lo material, y con la forma de go-

¿Necesita Ud. algún libro?

Pídamelo; si no lo tengo, se lo consigo.

Me hago cargo de toda clase de

Agencias y Comisiones

ALBERTO CALDERON G.

SAN JOSE — APARTADO 533

bierno establecida en todo el mundo, no es posible soñar con uniones que irían en contra del sentimiento patriótico, lo más fuerte de nuestras colectividades. Claro está que cuando el Gobierno Soviet eche raigambre firme en los cinco continentes, lo que sucederá, pese a capitalistas y políticos del momento, habrán de desaparecer las fronteras políticas para dar lugar a las otras líneas de división entre clases sociales; pero éste sería ya un movimiento de fraternidad universal.

Siendo imposible la unión política de nuestro continente, debemos luchar por la comunidad intelectual. Se me argüirá que yo mismo he planteado el problema de la nulidad de nuestra producción literaria; sin embargo, comprendo que de este hervir fervoroso de entusiasmo artístico en nuestros países, han de salir grandes figuras, porque en todos estos jóvenes escritores distingo ya el gusto artístico superior, el correr desenfrenado de nuestra sangre indígena, el ideal insuperable del arte por el arte. Y ya en esto somos superiores a muchas otras razas. Tomemos por ejemplo la poesía norteamericana del siglo y veamos cómo cualquier novel hacedor de rondales de nuestros países supera en belleza fraseológica la obra de estos grandes mediocres yanquis que se llaman Amy Lowell, Edgar Lee Masters, E. A. Robinson, J. G. Fletcher, C. Sandburg, Robert Frost. Ya he reconocido anteriormente el valor de estos poetas juzgados desde un punto de vista norteamericano, en relación con la psicología de su raza, pero to-

mando en cuenta valores generales me quedo yo con la estética de Alfonsina Storni, Eguren, Miró — el panameño —, Borgia, Hubner, Castillo, todos poetas de segunda clase, pero que tienen la superioridad innegable del decir elegante y la psicología inquieta de mi raza. Para estos poetas nuestros, y para los buenos intelectuales de las dos Américas Latinas necesitamos órganos comunes de propaganda que formen nuestra estética racial, un credo flexible de belleza artística de donde saldrán figuras gloriosas como de aquel estremecimiento pagano de fines del siglo diez y nueve salieron las dos fuertes columnas de nuestro palacio literario: Darío y Rodó.

Estos periódicos de difusión literaria han de servirnos también para que rompamos de una vez nuestra admiración desmedida por todo lo europeo. Sin comentar el servilismo que profesamos a la literatura francesa nos bastará dar una mirada a nuestras relaciones con España para ver que seguimos en el mismo estado colonial de 1800. Casas editoriales, revistas, dramas, centros literarios, todo nos viene de Madrid. Se publican libros en la Argentina y en Chile y nadie se da cuenta de ello. En cambio el libro publicado en España inunda en unos pocos días todas nuestras librerías. El prestigio de nuestros escritores comienza después que hemos firmado dos o tres artículos en París, Madrid o New York. Y es este provincialismo lo que nos impide ser factor importante en el concierto de las literaturas extranjeras. Preguntad quiénes son los poetas de la lengua y os dirán por aquí: Villaespesa, Machado, Jiménez, Marquina; y si nosotros insinuamos los nombres de Celaya, Félix de Amador, Max Jara, Enrique Bustamante, Pezoa Véliz, Leopoldo Lugones, Herrera y Reissig y cien otros, haremos algo risible. ¡Y yo me pregunto cómo pueblos que se pasan en rivalidad constante (Chile-Perú; Ecuador-Perú; Costa Rica-Panamá, etc.) pueden aspirar a tener una literatura común y a contribuir de esta manera a la formación de nuestra conciencia continental!

Afirmo que revistas como el REPERTORIO AMERICANO y *Nuestra América*, al tratar de establecer una fraternidad artística en el terruño virgen están laborando efectivamente por la salvación de nuestra tierra, amenazada económica y políticamente por los yanquis, a pesar de la opinión contraria de quienes se hayan congregado en el Parque Central de New York para la inauguración de la estatua de Bolívar, nuestro libertador, cedida a la ciudad por J. V. Gómez, el último tirano de la América.

Williamstown, Mass., U. S. of A.,
Abril de 1921.